

Biblioteca-Films

Selección

Las Tristezas de Satán

50 cts.



ADOLPHE
MENJOU

Lya de Putti
Ricardo Cortez

Maria M.



SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16

B A R C E L O N A

LAS TRISTEZAS DE SATÁN

Adaptación en forma de novela de
la película del mismo título interpre-
tada por el gran artista de la pantalla

ADOLPHE MENJOU

**EXCLUSIVA
DE LA INVICTA**

**P.º GRACIA, 91
BARCELONA**

REPARTO

Príncipe Lucio..... ADOLPHE MENJOU
Princesa Olga..... LYA DE PUTTI
Godofredo..... RICARDO CORTEZ

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



A MODO DE PROLOGO

Estamos acostumbrados desde niños, por oírsele constantemente a nuestros padres, a nuestros mayores, y a todos cuantos nos rodean, a ver en la palabra Satán el simbolismo de todas las imperfecciones, tanto morales como físicas; pero cuando nuestro entendimiento comienza a funcionar por sí solo, sin el auxilio de otras personas, comprendemos, a poco que nos detenemos a pensar, que la figura que tanto nos horrorizó en nuestros primeros años, es completamente distinta a como se la forjó nuestra mente infantil. Moralmente Satán es el mismo, pero físicamente cambia por completo la idea que de él teníamos. Si queremos materializar el nombre de Satán, tendremos que hacerlo dándole una forma elegante, atractiva, engendrándolo en los placeres más perniciosos y, por lo mismo, más atractivos, en el lujo, en la fastuosidad, en la riqueza de procedencia insospechada, en todo aquello que

más atraiga y cautive la vanidad humana y siempre presentándose ante nosotros con su cautivadora sonrisa, para fascinarnos y hacernos seguir su tortuosa senda, sin que podamos sospechar, en medio de nuestro aturdimiento, la terrible meta a que nos conduce su amistad.

Recorramos los párrafos de la Historia Sagrada y hallaremos algunos que dicen, refiriéndose al personaje en cuestión: "Porque Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, Lucifer, el príncipe de los arcangeles, se rebeló contra El, y por este acto fué arrojado del Cielo."

También encontraremos en el mismo Sagrado Texto, la orden de Dios al arrojarlo de su lado y que dice: "Tu nombre no será Lucifer... Te llamarás Satán, y tu ocupación será tentar a los hijos del hombre a que pequen contra el Hacedor. Sólo cuando los hombres te hayan vuelto la espalda, volverás a ocupar tu puesto a la distra del Señor. Mas por cada alma que resista a tus tentaciones, esperarás una hora a las puertas del Paraíso."

Y Satán, desde este instante adoptó las formas más diversas para tentar al hombre.

Hemos creído necesaria esta pequeña explicación, antes de entrar de lleno en nuestra historia, para que los lectores, al trabajar conocimiento con los personajes de nuestra no-

vela, todos ellos creados por la fantasía de la célebre literata María Corelli, no los encuentre exagerados y hallen la explicación psicológica de sus caracteres en nuestras anteriores palabras. Nuestra historia no quiere posesionarse del campo de lo extraordinario, se contenta con permanecer en los límites de lo vulgar, dentro de lo que diariamente sucede, de eso mismo que para nosotros, poco observadores, dejamos pasar ante nuestros ojos, con extraordinaria indiferencia, sin detenernos a pensar que muy bien puede ser el espejo fiel del drama de nuestra vida. Es la historia de cuatro seres de distinta posición, de sentimientos opuestos, de diferente vida y que sostienen esa lucha titánica eternamente sostenida entre Satán y el hombre. Y ya que en un principio hemos comenzado mencionando nuestros años de niñez, sintámonos niños una vez más y digamos:

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 ,

SOBRE INFANTIL 15 »

ERA UNA VEZ...

En un humilde barrio de una grande y antigua ciudad, donde Godofredo Tempest, tenía su morada. Carácter sencillo, ajeno por completo al lujo y a la vanidad vivía humildemente, sin más aspiraciones que la de conquistar la gloria literaria. Pero hasta entonces la suerte no le había sido propicia, la lucha que había sostenido y sostenía contra la miseria iba desgarrando su corazón y la garras de la pobreza e incluso la del hambre, oscurecían con frecuencia las rosadas ilusiones de su plétórica juventud y solamente un optimismo inquebrantable le daba bríos para seguir la batalla emprendida. Estaba seguro de llegar, se lo decía su corazón, su fe en sí mismo, y las dulces palabras de consuelo y de amor, que como manantial de inagotable bondad, vertía en sus oídos la deliciosa Mavis Clare, escritora también, que no había tenido aún la suerte de ver recompensadas sus aspiraciones por el buen éxito y la única persona cuya fe en Tempest se mantenía incólume.



Casile obligó a seguirlo hasta el automóvil

A pesar de que Godofredo tenía tanto ingenio como poca suerte, desde hacía años tenía que contentarse con revistar las obras literarias de los autores de poco talento y mucha fortuna. Pero no siempre conseguía esto, sino que en largas temporadas carecía hasta de este trabajo y entonces era cuando su ánimo caía en la más desesperante depresión.

Hacía tres meses que Godofredo no había podido colocar ningún trabajo y, sin embargo, aquella mañana, sin nada que justificase su alegría, se sentía optimista. Había terminado

un precioso poema y esperaba la llegada de Mavis para leerse.

En la puerta de la buhardilla que habitaba sonaron unos golpes y Godofredo, creído que se trataba de su amiga, salió gozoso a recibirla. Pero no fué la cara primorosa y risueña de Mavis la que vió al abrir la puerta, sino la figura grosera de Marta, la patrona, mujer ambiciosa, y sin el menor detalle de bondad, entró diciendo, a la vez que le mostraba un puñado de recibos:

—Señor Tempest, es necesario que se ponga usted al corriente. Hace tres meses que no me da usted un céntimo y yo necesito cobrar.

—Siento mucho no poderle pagar a usted hoy, señora Marta—respondió el muchacho—, pero tenga usted la seguridad que dentro de unos días le abonaré todo lo que le debo. Acabo de terminar mi poema y pienso que me dará fama y dinero.

—A mí me importa poco su fama y su poema—respondió groseramente la patrona—con tal de que me pague me doy por satisfecha.

Y dando un portazo, salió de la habitación, dejando a Godofredo sumido en la más triste desesperación.

La depresión de ánimo que habían causado en él las palabras de la patrona, no eran precisamente por su crítica situación ni por su miseria, que poco le importaba si éstas al-

canzaran solamente a él. Su pesadumbre era más que por nada por Mavis, por su amor, por ella únicamente era por lo que con tanto afán ambicionaba la gloria y la fortuna. Sentía por su joven compañera una pasión noble, desinteresada, tan fuerte, como su vida, y tan potente como sus años de juventud; pero, sin embargo, jamás le había hablado de su amor. Muchas veces tuvo a flor de labios la palabra que revelaría aquel íntimo sentimiento hacia la joven, pero cuando iba a pronunciarla, cuando más decidido estaba a ello, se veía pobre, vencido ante un mundo que no sabía o que no quería comprender su inteligencia y callaba, callaba asombrado, de haber podido concebir aquel audaz pensamiento.

Aquella misma tarde, momentos antes de entrar su patrona, al terminar de leer su poema, aquel poema delicioso, inspirado por la belleza de Mavis, se sentía fuerte, valeroso, capaz de todo, hasta conseguir el amor de sus sueños de poeta; mas las frases de la señora Marta habíanle acobardado nuevamente, habían vencido de nuevo su voluntad y permaneció un gran rato con la cabeza entre las manos, hasta que unos discretos golpecitos le hicieron correr hacia la puerta. Su corazón no le engañaba, era ella, Mavis, que venía en uno de sus momentos de mayor aba-

timiento, a ofrecerle, con su presencia, nuevos bríos para emprender la lucha.

En efecto, segundos después la figura gentil y loca de la dulce Mavis se dibujó en el quicio de la puerta y Godofredo estrechó las suyas aquellas manitas que parecían ser de princesa y que estaban ya yertas de frío:

Ella reparó en el semblante de Godofredo y le preguntó sobresaltada:

—¿Qué ocurre, amigo mío, no se encuentra bien?

—Sí. ¿Por qué? — contestó él sin comprender el motivo de la pregunta.

—Le encuentro a usted pálido, nervioso, como si acabara de recibir una impresión fuerte — siguió diciendo ella.

Godofredo procuró dar a su semblante una apariencia de tranquilidad e intentó una explicación diciéndole:

—Ya sabe usted, Mavis, que nosotros, los artistas, somos gente muy impresionables, tenemos un alma demasiado sensible, y yo me he emocionado con la lectura de un poema que acabo de describir.

Mavis se le quedó mirando como si dudara de su sinceridad, y acabó por decirle:

—Lleva usted razón; somos demasiado impresionables, pero para impresionarnos con un trabajo de nosotros mismos es necesario

que sea una cosa extraordinaria. ¿Acaso lo es el suyo?

—Tengo la seguridad de que sí — respondió Godofredo convencido —; por lo menos la persona que me lo ha inspirado lo es.

—Entonces, enséñemelo; quiero conocerlo.

Tempest hizo sentar a su lado a la joven y fué leyendo las cuartillas que había escrito, en las que se encerraba todo su amor. Palabras cálidas, frases que llegaban al alma de la joven iban apareciendo, como vehementemente torbellino, hasta el final de la aventura.

Al terminar, ninguno de los dos se atrevía a romper el silencio. Sus almas habían volado a países quiméricos y sus ilusiones se convertían en aquel momento, por obra del místico encanto de la poesía, en la más dulce realidad.

La penumbra del atardecer otoñal iba envolviendo a los jóvenes, y en la semiobscuridad de la humilde habitación los corazones se sentían más enlazados, más unidos que nunca. Era esa hora propicia de las confidencias en la que los cuerpos, eclipsados por la obscuridad, se esfuman y dejan en completa libertad a las almas.

Mavis fué la que se sustrajo primero al romanticismo del momento y le dijo:

—Indudablemente llevaba usted razón al decir que su poema era extraordinario.

—¿De veras le gusta? — le preguntó Godofredo.

—Lo encuentro bellissimo, admirable — respondió ella con sinceridad —. Ha estado usted inspiradísimo.

—Gracias a mi musa — contestó Godofredo, entusiasmado por las alabanzas de la joven.

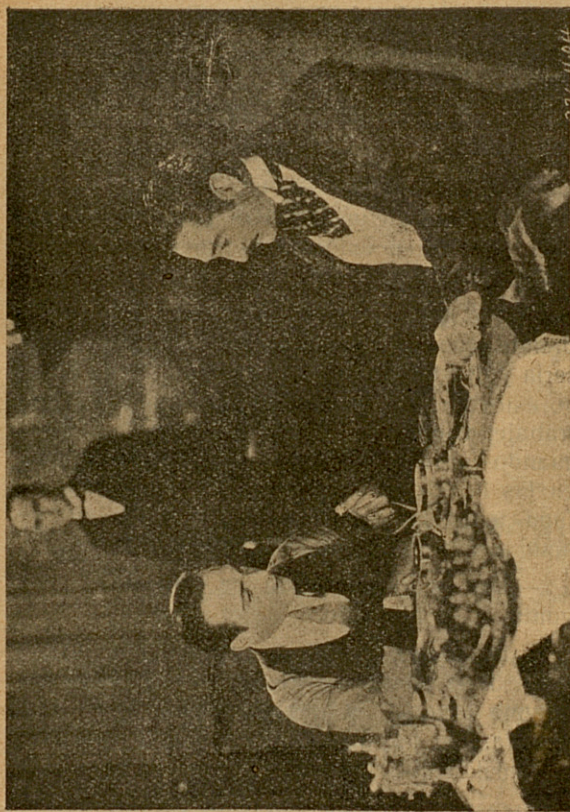
—¿Y puede saberse quién ha sido? — preguntó ella, sin adivinar la contestación.

Godofredo se sintió valiente por primera vez, el dique de su silencio iba a derrumbarse y las frases amorosas salieron de sus labios con la misma impetud que un torrente desbordado:

—Mi musa ha sido usted, Mavis — comenzó diciéndole —. Al escribir mi poema me sentí poseído por una visión celestial que pronto tomó forma de mujer divina. Pensando en usted no necesité grandes esfuerzos para escribirlo, porque este poema está escrito, no por mí, sino por el amor que siempre he sentido por usted.

—¡Calle, por Dios! — exclamó ella atajándole —. Habla usted de una forma incomprensible.

—¡Incomprensible!... ¿Por qué? — exclamó él —. Tal vez sea incomprensible para usted que no siente esta misma pasión, puesto que para ello es preciso sentirse abrasado en el



— Su tío, en los últimos años de su vida a mansó una fortuna inmensa

fuego en que se consume mi corazón enamorado.

Y como viera que ella callaba, le preguntó anhelante:

—¿Qué me contesta, Mavis?

La joven hizo un esfuerzo sobre sí misma para ocultar su emoción y procurando tranquilizarse de la impresión recibida, exclamó:

—¡Qué niño es usted, Godofredo. ¿No comprende que es imposible ese amor?... ¿Qué sería yo en su vida?, una carga más y un nuevo estorbo para lograr su victoria... Luche, trabaje, triunfe, y cuando ya haya vencido, cuando logre usted ser el caudillo victorioso en las lides que le presenta la vida y la fortuna, tenga la seguridad de que Mavis, su fiel amiga, sabrá alegrarse de su éxito.

—¿Eso es lo único que me contesta?—preguntó él desalentado.

—¿Le parece poco? — respondió la joven, cerca de la puerta —. Piense en mis palabras, adivine lo que he querido decirle y no sea egoísta. Por hoy contentémonos con esta dulce amistad que nos une.

Nuevamente volvió a quedar solo Godofredo, luchando con sus tristes pensamientos y creyendo adivinar en las palabras de la joven un desprecio a su pobreza, se vio más empujado que nunca y exclamó sollozando:

—¿De qué sirve tener ideales? ¿Qué objeto tiene el sacrificarse por hacer algo útil? ¡Todo es mentira! ¡No hay más verdad que el dinero! ¡El dinero es lo único que merece la pena en el mundo!

Y aquella alma noble, generosa, sin prejuicios de ninguna índole, se hubiera vendido en aquel instante por un puñado de oro.

PASO...

¡La Felicidad que llega!

Ya está a la venta el nuevo libro que hacía falta:

Pasado, Presente y Porvenir

POR LAS RAYAS DE LA MANO

Según las teorías y experiencias del sabio profesor **FILONGTENCH**

Ilustraciones del dibujante **BOSCH**

Precio: 30 céntimos

TENTACION

Durante toda la noche Mavis no pudo apartar de su mente las frases del joven literato, y su alma se estremecía al recuerdo de aquellas palabras de amor. Ella también lo amaba, lo amaba con frenesí, con verdadero delirio, pero por lo mismo se creyó en el caso de sacrificarse por él, y su negativa en acceder a la pretensión de Godofredo estaba basada en la creencia de que sería un estorbo para que él realizase sus sueños de gloria. Mas al recordar el dolor que en su enamorado había causado su negativa, la fuerza del amor se impuso a la de la prudencia y al día siguiente, al volver Godofredo a su casa, después de haber entregado unos trabajos, se encontró con una carta de Mavis que decía:

"Amigo Godofredo: Perdóneme si le contraría mi negativa, mas no podía proceder de otra manera. A pesar de todo, le escribo para decirle que le amo de veras.

"Mavis,"

Locura inmensa, delirio infinito, fué el que sintió el joven al leer aquellas líneas que venían a traer un rayo de sol a su alma en tinieblas. Y aquella tarde, al tener entre sus brazos a la joven, sintió su corazón inundado de una dicha como jamás hubiera podido soñar, y le decía, como si quisiera convencerse de que toda aquella felicidad era verdadera:

—Mavis adorada. Es tanta mi dicha en este momento, que pienso que todo es una de las muchas ilusiones forjadas por mi mente enamorada.

—No, Godofredo — respondía ella, completamente dichosa al sentirse amada con aquel frenesí —. Mi amor es verdad, lo fué siempre, y ese mismo amor fué el que me obligó ayer a huir de aquí, creyendo cumplir un deber. Estaba dispuesta a todo, con tal de no ser un obstáculo para que salieses de la pobreza en que vives.

—No te apures — exclamó él con el alma henchida de franco optimismo —. Teniendo a ti, sabiendo que me amas, me siento con fuerzas para vencer y venceré. Seré rico, haré que la fortuna incline su cerviz ante ti, y podré ofrecerte todo lo que pueda ambicionar tu deseo.

—Yo no quiero nada para mí — respondió Mavis, correspondiendo a la vehemencia del

joven —. Me basta con tu amor, con saber que me amas. Esa es para mí mi mayor ambición.

Y Godofredo al oír aquella sincera confesión, no supo contenerse y aprisionó entre sus brazos el cuerpo flexible de la muchacha, en el mismo momento que se abría la puerta y aparecía la patrona diciendo:

—Muy bonito. Los dos muertos de hambre y haciéndose el amor.

—A usted qué le importa lo que haga yo en mi casa? — exclamó Godofredo.

—Su casa será cuando me pague — respondió la patrona —. Y ya que se pone con tantos humos, será preciso que sepa, que si mañana no me ha pagado lo que me debe, lo echo a la calle sin contemplación.

Mavis no sabía qué partido tomar. La presencia de la señora Marta la había devuelto a la realidad y pretendió salir; pero Godofredo la detuvo, diciéndole:

—¿Qué nos importa a nosotros lo que pueda decir aquella mujer? Tú no tienes que irte.

—Sí, Godofredo — exclamó ella —. Nuestro amor es un imposible. Repara en nuestra triste situación.

El creyó que las anteriores palabras de la joven en las que le había expresado todo su amor eran mentira, y preguntó tembloroso:

—¿Acaso no me amas ya?

—¡Te amo más que nunca! — respondió

con vehemencia Mavis —. Pero hasta que no estemos casados, no debemos vernos.

—Lo estaremos en seguida—exclamó él—. Ahora mismo voy al registro civil a sacar la licencia. Con el dinero que me den por las últimas revistas que he escrito, tendré más que suficiente para casarnos y para pagar a esta mujer.

Salió Mavis para esperar la vuelta de él en su casa, y Godofredo con el corazón henchido de esperanza, se encaminó a casa de los editores a quienes había llevado sus trabajos aquella mañana.

Pero una nueva desilusión había de tirar por tierra todo aquel optimismo, y cuando creía percibir la cantidad ganada con su trabajo, el editor le dijo, devolviéndole los originales:

—Señor Tempest, siento mucho tener que decirle que no nos es posible seguir aceptando sus revistas de críticas:

—¿Puedo saber a qué se debe esa negativa? — preguntó Tempest.

—A que hemos notado que usted condena libritos que al público le gustan, y alaba otros que todo el mundo rechaza...

—Yo le suplico — rogó Godofredo — que me admita usted la crítica de esta mañana.

—Es imposible — respondió el editor —,

Aquí tiene usted los originales y cuando me haga falta su colaboración, ya tendré el gusto de llamarle.

Aquello acabó por anonadar a Godofredo. Parecía que el Universo entero se ponía contra él, y desesperado, sin fuerzas para decirle a Mavis la tremenda verdad, corrió a encerrarse en su casa.

Y en la soledad, sin más amigo que él mismo, sólo con su tristeza, las contrariedades engendraron en Tempest el espíritu de rebeldía, y exclamó iracundo:

—¿Amor divino?... ¿Justicia divina?... ¡Todo es mentira! El dinero es el único dios verdadero... Si existiese el diablo en este momento sería capaz de vender mi alma!

Como si su llamamiento hubiera llegado hasta el reino de Satán, en aquel momento un caballero elegantemente vestido, un verdadero gentleman, se detenía ante la puerta de la habitación de Godofredo y volvía a leer una carta que llevaba en la mano y que decía:

“Príncipe Lucio Riminez.

“Mi querido amigo: Esta carta llegará a sus manos después de mi muerte, y servirá para presentarle a mi sobrino Godofredo Tempest, a quien, de acuerdo con mis instrucciones...”

El príncipe no leyó más, se sabía el resto de la misiva, y llamó decidido al cuarto donde estaba el desesperado poeta.

Godofredo al ver a aquel sujeto tan extremadamente distinguido, no acertó a decir palabra; esperó a que el desconocido diera cuenta del motivo de su visita, y con un ademán lo hizo entrar al interior.

—Señor Tempest — dijo el príncipe después de haber entrado, y a guisa de saludo—, tengo que darle una noticia que le sorprenderá a usted... Mas necesitare algún tiempo para enterarle de todo. He mandado preparar una cena para los dos en mi hotel, donde podremos hablar con toda comodidad.

—Señor mío—exclamó al fin Godofredo—. Le ruego que comprenda mi curiosidad y me adelante algo de lo que se trata.

—Lo comprendo perfectamente — respondió el príncipe —; pero ¿no le parece que sería mejor esperar más tarde para contárselo todo? ¿Hace mucho tiempo que no tiene usted noticias de su tío?

—Bastante — contestó Godofredo.

—Entonces no me sorprende que no sepa usted nada de él, y de eso precisamente es de lo que hemos de hablar, mientras cenamos.

Y tomándolo por un brazo, casi le obligó a seguirlo hasta el automóvil que esperaba en la puerta, donde varios vecinos se habían reunido extrañados de que en aquel lugar parase un coche tan lujoso como el del príncipe.

EL PRINCIPE LUCIO

El príncipe Lucio Riminez había derrochado toda la cuantiosa fortuna que heredara de sus mayores en una vida de placeres y orgías continuas. Su porte elegante, su innata distinción y la simpatía de su sonrisa indescifrable, habían llevado hacia él las más famosas mujeres del mundo elegante. Sus fiestas eran conocidas y comentadas por todos, puesto que en ellas el buen gusto, la riqueza y la fastuosidad imperaban de un modo absoluto. En esta vida de continua disipación, había gastado su capital, y cuando ya se veía al borde de la ruina, cuando comprendía que le sería imposible seguir aquella vida de crápula, la carta de su antiguo amigo vino a alumbrar su situación como un rayo de sol salvador. El tío de Godofredo al encomendarle la busca de su sobrino, le encarecía también que lo insinuara en la vida del gran mundo, que lo condujera por las sendas doradas que su oro le ofrecía y que participara con él de la inmensa herencia que le dejaba. Y esto fué lo



—¿Usted no era la compañera del poeta?

que decidió al príncipe Lucio a buscar al pobre poeta en su mísero retiro. Estaba dispuesto a no separarse de él, a ser su maestro, a insinuarlo y hacerle sentir el goce de todos aquellos placeres que él había experimentado, para obligarlo a que permaneciese en aquel mundo, del que él era un rendido súbdito.

Cuando llegaron al magnífico hotel que poseía el príncipe, éste ordenó a uno de sus criados que cambiase de ropa al visitante que llevaba, y momentos después, mientras cenaban, el príncipe le fué refiriendo la muerte de su tío, diciéndole:

—Su tío, en los últimos años de su vida, amasó una fortuna inmensa. Era íntimo amigo mío, y el dinero que confié a mi cuidado y que tengo a su disposición, como único heredero, lo convierte a usted en uno de los hombres más ricos del mundo.

—¿Será verdad tanta belleza? — exclamó Godofredo, deslumbrado por las palabras del príncipe.

—No lo dude, amigo — respondió el príncipe —. No me guía ningún interés en engañarle y menos aun en ofrecerle una fortuna que no le perteneciera. En la carta que me escribió su tío antes de morir y que tengo también a su disposición, por si usted quiere cerciorarse de mis palabras, dice que lo insinúe a usted en la nueva sociedad en la que va a entrar. Cree que se hallará usted extraño en ella, y desea que una persona de mis conocimientos lo guíe por el nuevo derrotero que comienza usted hoy a andar.

Godofredo, sin sospechar las intenciones del príncipe, antes bien creyendo sus palabras inspiradas por una profunda amistad hacia su difunto tío, contestó:

—Puede estar usted seguro, amigo mío, que desde este momento quedo unido a usted por un profundo reconocimiento.

La cena transcurrió sin ningún incidente más, y el cambio de fortuna y de situación hizo que aquella noche Godofredo olvidara

que en la otra parte de la ciudad, en la humildad de su vivienda un corazón puro y desinteresado suspiraba por él. Mavis había esperado la vuelta del joven durante varias horas, y en vista de que no volvía como había prometido, fué en su busca para indagar la causa. Al entrar en la puerta de la antigua casa del poeta, un grupo de vecinos la detuvieron, preguntándole:

—¿Usted no era la compañera del poeta?

—Sí — exclamó alarmada Mavis —. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Me parece que todo lo contrario — respondió otro de los que rodeaban a la joven.

—¡Por Dios, les suplico que se expliquen! — solicitó Mavis, que lo que menos podía pensar era en la aventura que le había ocurrido a Godofredo.

Entonces el que primeramente le había hablado volvió a decirle:

—Su compañero hace ya más de dos horas que se fué de esta casa. Vino a buscarlo un señor muy elegante, y ambos se marcharon en un lujoso automóvil que había traído dicho caballero.

Mavis se hallaba sumida en un mar de confusiones. Desconocía la existencia de ningún amigo poderoso de Godofredo y no podía comprender a qué se debería aquella inesperada visita. Mas procuró tranquilizarse, y sonriendo dió las gracias a sus informadores a

la vez que volvía hacia su casa en la seguridad de que Tempest no tardaría en llegar para darle explicaciones.

Mas no sucedió así. La noche transcurrió sin que apareciera Godofredo, al que el príncipe había cogido entre sus tentáculos y le decía a la mañana siguiente:

—Amigo mío, es preciso que vaya usted conociendo a mis amistades, que serán las tuyas dentro de poco.

—Ya le dije anoche que estoy a sus órdenes — respondió Godofredo.

—Entonces me permitirá usted que le presente dentro de media hora a una íntima amiga mía. Se trata de una mujer de la nobleza y cuya belleza no dudo que causará en usted la misma sensación que en cuantos la conocen.

En efecto, no había transcurrido el plazo señalado, cuando se presentó un criado anunciando la llegada de la princesa Olga Godovsky.

Era la princesa Olga, como había dicho el príncipe, una mujer cuya belleza excitaba al verla tan solamente una vez. Sus cabellos, de color de ébano y finos como la seda, encuadraban en un rostro de facciones perfectas y seductoras. Sus ojos tenían un misterioso mirar, y se diría que al fijarlos en otra persona, ésta se sentía poseída por la fascinación

de aquella mujer de cuerpo divino, cuya sonrisas parecían promesas de un amor extra-humano.

Godofredo quedó también preso en los encantos de aquella sirena, y apenas si pudo articular un saludo, que por lo tímido hubiera resultado ridículo si el príncipe no hubiera salido en su ayuda presentándole a la recién venida, diciéndole:

—Le presento a la princesa Olga Godovsky, una noble rusa, a quien los azares de la revolución la hicieron de su país.

Y dirigiéndose a ella le presentó a Godofredo, diciéndole:

—Godofredo Tempest, el amigo de quien ya le he hablado y que ayer heredó una fortuna inmensa.

Olga alargó su mano fina como la seda y Godofredo al contacto de aquella piel sintió estremecerse su cuerpo bajo la influencia de una sensación jamás experimentada.

Ella advirtió la emoción que había causado en el joven, y haciéndole una señal al príncipe, salió éste de la estancia, dejándolos a los dos solos.

Godofredo al verse solo ante aquella mujer, sintió tal embarazo que ni siquiera le indicó un asiento, pero ella solventó la falta del joven, diciéndole:

—Con su permiso voy a sentarme, si es que no le molesta mi conversación.

—¡Por Dios, princesa! — exclamó él azorado a más no poder —. Usted puede hacer lo que más le plazca, y perdóneme el que no la haya yo invitado antes.

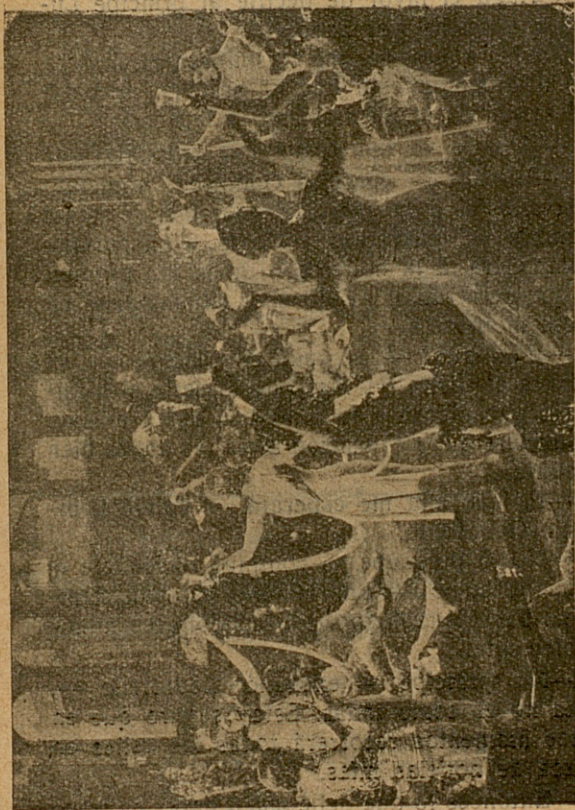
—Está usted disculpado—respondió ella—. Comprendo que el nuevo ambiente le tendrá a usted cohibido; pero yo procuraré ser su amiga, y como prueba de ello le invito a comer en mi casa esta noche.

—Es usted muy amable, princesa — exclamó el antiguo poeta —. Su invitación me enorgullece y la acepto complacido.

—Entonces hasta luego, ¿verdad? — se despidió ella, mirándole provocativamente.

—Hasta luego — respondió el joven.

Al quedar solo, durante un gran rato quedó embriagado por el perfume de que aquella mujer había dejado impregnada la estancia. Poco a poco fué coordinando sus ideas, relacionando todos los hechos que le venían ocurriendo desde la noche anterior, y la figura de Mavis se presentó ante él dulce, cariñosa, como un ángel de bondad que le tendía los brazos en demanda de aquella alma que estaba a punto de perderse. Fué un momento de completo dominio sobre sí mismo el que le hizo a Godofredo tomar una rápida resolución. Cogió el sombrero y le dijo al criado, que se hallaba en la puerta de la sala.



La fiesta de aquella noche era una en la que se rendía verdadero culto a la belleza

—Haga el favor de decirle al príncipe Lucio que me he marchado.

No fué necesario que transmitiera el sirviente la orden, puesto que el príncipe acababa de entrar en aquel momento y le decía:

—¿Dónde va usted con esa precipitación?

—Príncipe — contestó Godofredo sometido nuevamente a la enérgica voluntad de aquel hombre —, quiero ver a Mavis, a mi antigua compañera, a la mujer con quien me prometí y que sería un malvado si la abandonase en estos momentos.

—¡Malvado! — exclamó el príncipe con su irónica sonrisita —. Malvado lo sería si hiciese lo que piensa y lo sería con usted mismo. Considere que su posición social es ahora bien distinta.

—Es que ella me esperará — volvió a insistir Godofredo.

—No se preocupe — continuó diciéndole el príncipe Lucio —. Las mujeres esperan siempre... hasta que llega otro. Las conozco admirablemente.

—No, príncipe — exclamó Godofredo —. Esta no es como todas. Estoy seguro que en estos momentos recorrerá todas las calles en busca de noticias mías.

—Entonces lo que debe usted hacer es tranquilizarla y para ello nada mejor que escribirla.

Sin esperar la aprobación de Godofredo, llamó a un criado y le ordenó que trajera lo necesario para escribir. Tempest sin fuerza para resistir a la voluntad del príncipe, se sentó ante la mesa y escribió lo siguiente, que su amigo le iba dictando.

“¡Mavis! Acaba de presentarse una circunstancia inesperada que hace tan difícil para mí como para ti llevar a cabo nuestros planes tal como nos habíamos propuesto...”

El príncipe recogió la carta después que la hubo firmado el joven, la introdujo en el sobre y él mismo la cerró. Llamó luego al sirviente y le ordenó que inmediatamente saliese a llevarla a su destino.

Si quiere Ud. aprender a bailar el

Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarsr. Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Precio de cada método 25 céntimos

EL REINO DE SATAN

Aquella noche, como había prometido, Godofredo asistió a la cena con que lo había invitado Olga. Como todas las fiestas que organizaba aquella mujer, la de aquella noche era una en las que se rendía un verdadero culto a la belleza y a la frivolidad. En uno de los suntuosos salones donde tenía instalada su morada, la princesa había reunido un gran número de mujeres, todas ellas de la vida galante, y al son de la música enervante, que producía el aturdimiento de los sentidos, arqueaban sus cuerpos semidesnudos en contorsiones rítmicas que producían la sensualidad de cuantos presenciaban el espectáculo. Terminada la cena, el príncipe ocupó un sillón en el centro de la estancia, a la vez que varias de aquellas mujeres, que conocían su afición por los placeres, se ofrecían a él tentadoras, incitándolo con sus sonrisas. Mientras tanto Olga, que durante toda noche no se había separado del lado de Godofredo, le dijo:

—Me parece que mi compañía no le es a usted muy agradable.

—Al contrario, princesa — respondió él—. Puede usted creer que no he pasado ninguna noche más agradable en mi vida. Pero siento una terrible pesadez en la cabeza.

—Verdaderamente la atmósfera aquí está demasiado cargada — exclamó la princesa—. ¿Quiere usted que salgamos un rato al jardín?

Godofredo no supo resistirse a la proposición de aquella mujer, cuyos encantos tan poderosos habían logrado el milagro de hacerle olvidar, aunque fuese momentáneamente, el recuerdo de la otra, y aceptó complacido la proposición.

Solos en medio de aquel jardín fantástico, que parecía creado para cobijar en su interior el idilio amoroso de los amantes, Godofredo sintió su alma henchida de un dulce romanticismo. A su lado, sentada junto a él, Olga procuraba apoderarse de la voluntad de aquel hombre con la fuerza fascinadora de su mirada, y le preguntó insinuante:

—¿No le ha gustado a usted ninguna de las danzarinas

—Puedo jurarle — contestó él — que no me he fijado en ninguna de ellas.

—No sabe lo que siento no haber podido complacerle — respondió la princesa adoptando un aire de tristeza.

—No es eso — se apresuró Godofredo a rectificar —. Es sencillamente que estando usted es imposible que ningún hombre pueda fijarse en otra mujer. Su belleza eclipsa a todas las demás, y esta noche mis ojos se hallaban deseosos de contemplarla.

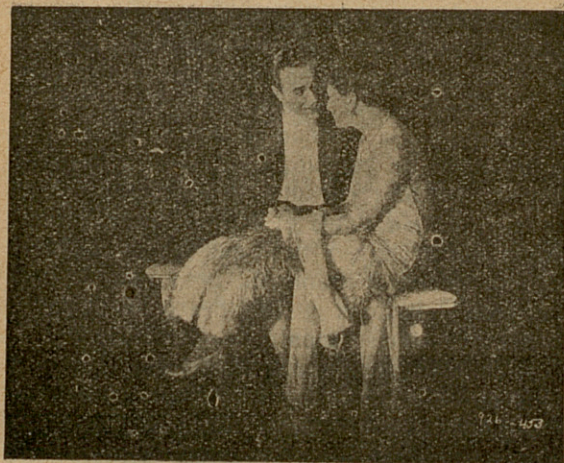
La princesa bajó los ojos, pretendiendo dar a su semblante cierto aire de rubor y le respondió:

—Le advierto señor Tempest, que sus palabras son casi una declaración amorosa y nos conocemos de demasiado poco tiempo para que yo pueda creer en esa pasión que parece haber despertado en su corazón mi presencia.

—No dude usted, que es cierto — exclamó él apoderándose de una de sus manos —. Jamás sentí una impresión tan fuerte como la que experimenté la primera vez que la vi a usted. Desde aquel momento mi vida entera quedó supeditada a su voluntad, y haría cuanto me pidiese, con tal de poder conseguir de usted una sola palabra de esperanza.

—Pero usted no sabe quién soy yo; no sabe nada de mi vida — protestó débilmente ella —. ¿Cómo se atrevería a dar su nombre a una mujer de quien lo desconoce usted todo?

—Yo lo único que quiero saber es que su belleza me fascina; que es usted la mujer más



—Es usted la mujer más encantadora que he conocido

encantadora que he conocido, y que estoy dispuesto, si usted no se opone a ser su esposo — continuó diciendo Godofredo.

—Sin embargo — respondió ella —, es preciso que antes de dar este paso, hable con el príncipe... Acaso no sea él del mismo parecer.

—No se preocupe por eso — exclamó Tempest —, esta misma noche le daremos cuenta de nuestro proyecto, y seguro estoy que lo aceptará encantado.

Toda su imaginación de poeta se desbordó en aquel místico ambiente de la noche, y las

frases amorosas, frases sentidas únicamente por su deseo, pero sin que para nada entrase en ellas su corazón, se precipitaron en aquellos instantes de infinita intimidad y el aroma de las flores, la soledad en que se hallaba, la proximidad de aquellos ojos, que lo miraban con arrebatador encanto, lo sedujeron de tal modo, que sin darse él mismo cuenta atraído hacia ella a Olga, y besó sus labios con verdadero delirio. Durante un gran rato permanecieron enlazados en un abrazo apasionado, hasta que ella se separó de él diciéndole:

—Es usted demasiado vehemente. Nos hemos portado como dos verdaderos chiquillos.

—¿Acaso se arrepiente usted de sus anteriores palabras? — le preguntó él.

Ella se le quedó mirando de un modo indecifrable, y le respondió:

—Vamos a ver al príncipe. Tal vez hayan notado ya nuestra ausencia y nos anden buscando.

Al entrar donde estaba el príncipe Lucio, éste dirigió una significativa mirada a la joven y comprendió por el signo que ésta le hizo, de que el plan se iba desarrollando a medida de sus deseos.

Aprovechó una ocasión en que Godofredo se hallaba distraído para decirle:

—El pájaro ha caído en la red. Estoy segura de que esta misma noche te dirá que quiere casarse conmigo.

—Pero eso no es posible — respondió el príncipe —. Ya sabes que de todas las mujeres que han pasado por mi vida, tú únicamente has sabido permanecer dentro de mi corazón.

—No seas niño — exclamó ella tendiéndole amorosamente los brazos —. De sobras sabes que no he amado, ni amaré a nadie más que a ti. ¿Qué te importa mi boda con ese muchacho, si tú estás seguro de que mi amor te pertenece siempre por entero? Además, su fortuna nos es tan necesaria, como probable es nuestra ruina si no conseguimos apoderarnos de ella.

—Llevas razón — contestó tristemente el príncipe —. Es nuestra única salvación.

Y los dos amantes se despidieron con un prolongado beso. Un beso que era de verdadero amor, completamente diferente del que momentos antes le había ofrecido aquella sirena al incauto muchacho.

Aquella misma noche, de vuelta al hotel, Godofredo abordó la conversación y le preguntó al que consideraba su amigo:

—Príncipe, ¿qué le parece la princesa Olga?

—Una mujer de las más bellas que he conocido — respondió éste, fingiendo que ignoraba el verdadero sentido de la pregunta.

—No es eso lo que le he querido pregun-

tar — exclamó Tempest —. Le decía que ¿qué le parece la princesa Olga, si yo resolviera casarme con ella?

El príncipe Lucio adoptó un aire de hombre que piensa la respuesta antes de darla, y terminó diciéndole:

—Creo demasiada prematura esa pregunta. Olga es una mujer que hasta ahora ha despreciado a todos los hombres. Jamás se ha dicho que su corazón se haya interesado por nadie, y dudo que pueda usted conseguir su amor.

—Se equivoca, príncipe — exclamó Godofredo —. Estoy seguro de que me ama y hasta ha accedido en ser mi esposa.

El príncipe se levantó de su asiento y estrechando entre sus brazos a Godofredo, fingió una verdadera alegría, y respondió:

—Le felicito, amigo mío, ha conseguido usted en una noche lo que muchos hombres no ha podido lograr en varios años.

Y desde aquel día empezó para Godofredo una vida completamente distinta. Fiestas suntuosas en las que era digno de admirar el gusto del príncipe Lucio, fueron sucediéndose sin interrupción y abarcando todas las horas de Tempest, que aturdido por aquel torbellino, apenas si tenía tiempo para detenerse a pensar en su vida anterior.

Mientras tanto Mavis, luchando sola con su miseria, pero sin abandonar el amor que

desde tanto tiempo sentía por Godofredo, luchaba tenazmente con su miseria. Su afán de llegar, logró a conquistarla un puesto en la literatura, y ya su nombre empezaba a resaltar, cuando un nuevo obstáculo vino a interponerse a sus deseos.

El príncipe Lucio, valiéndose del capital de Godofredo, había emprendido grandes negocios, y éste veía con satisfacción aumentar su fortuna con las combinaciones bursátiles de su aristócrata amigo. Uno de los negocios a que había atacado con más fuerza el príncipe fué el de editor. En poco tiempo consiguió crear un gran trust, y los pequeños editores, a los que servía Mavis, sufrieron las consecuencias de aquella competencia, hasta el punto de tener que abandonar sus negocios sucesivamente.

Una de las veces, al ir Mavis a entregar sus trabajos, el dueño de la editorial le comunicó la triste noticia, diciéndole:

—Señorita Mavis, siento mucho el tenor que decirle que ya no podré admitirle más originales. El trust ha hecho imposible el negocio, y desde hoy dejaré de publicar.

Mavis creyó que el mundo se derrumbaba a sus pies. Se vió otra vez acosada por la miseria, vislumbró las noches interminables de frío y de soledad, y ahora más tristes que nunca, puesto que carecía de la compañía de Godofredo.

Al entrar en su casa, los vecinos que habían llegado a sentir por la joven un verdadero cariño, comprendieron inmediatamente por su actitud que algo le había ocurrido, y uno de ellos, más decidido, le preguntó:

—¿Qué le ha sucedido, señorita Mavis?

La joven no supo contenerse y se echó a llorar, mientras decía:

—Ese maldito trust ha acabado con los pequeños editores, y pronto me veré otra vez en la miseria.

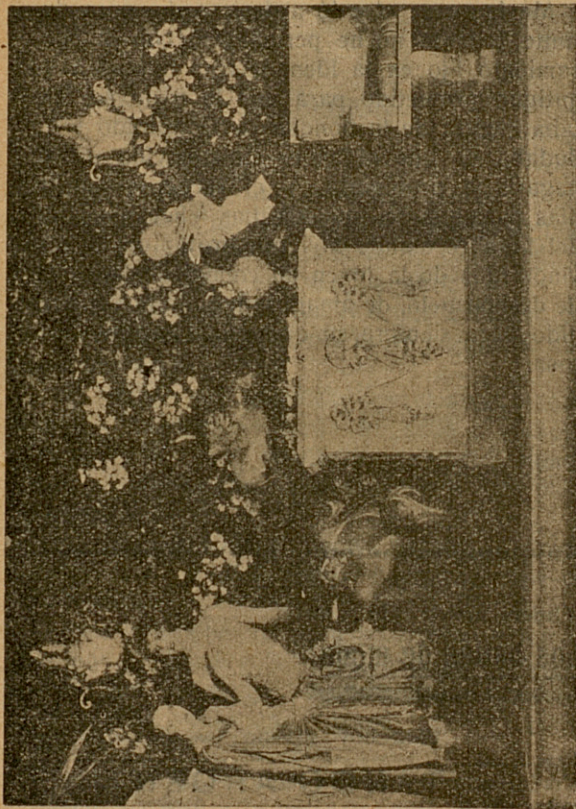
—¿Y por qué no procura usted escribir para la nueva entidad? — volvió a preguntarle el individuo.

—Imposible — respondió Mavis —. No aceptan ningún escrito mío. Parece como si alguien que estuviese dentro de él, se propusiera hacerme la vida imposible.

—Sin embargo, su antiguo compañero bien triunfa y se divierte — exclamó el otro indignado.

—¿Quién quiere usted decir?—preguntó anhelante la muchacha—. ¿Ha visto usted a Godofredo.

—Estoy seguro de que era él—le respondió el vecino—. Iba acompañado de una dama elegantísima y del mismo caballero que vino a buscarlo la noche de su fuga. Lo vi entrar en un suntuoso edificio de una de las principales calles de nuestra población.



Fiestas suntuosas en las que era digno de admirar el gusto del príncipe

Salió inmediatamente a donde había quedado Mavis y le dijo:

—Señorita, el Sr. Tempest está en estos momentos ocupadísimo y me ha rogado que la reciba yo. Le ruego que me diga lo que desea.

—Es que el asunto que me trae es para ser tratado personalmente con el mismo—replicó tímidamente la muchacha.

—No obstante, ya le digo que le es imposible en este momento salir a recibirla, puede usted decirme lo que desee en la seguridad de que el señor Tempest tiene puesta en mí toda su confianza.

Aun así, Mavis dudó de decirle el motivo que la había impulsado a aquella visita y salió de la casa de su antiguo novio con el corazón decepcionado. Convencida de que Godofredo no había querido verla, nació en su corazón la seguridad de que había perdido para siempre el amor del hombre por el que ella se hubiera sacrificado sin vacilar.

Entre tanto, Olga seguía su plan de fascinación y a los pocos días se celebró pomposamente la boda de ésta y Godofredo. Fué como todos los actos en que intervenía el príncipe una fiesta de las que no se veían y el antiguo poeta, confiado en el amor de aquella mujer se entregó a ella en cuerpo y alma, sin sospechar que tras aquella máscara de inmacula-

da belleza, se ocultaba un alma pagana, abierta a todos los goces sensuales de la vida.

La luna de miel fué una aventura placentera, pero cuando aquella hubo pasado, cuando el continuo ir y venir de los viajes, de los hoteles, cuando las diversiones terminaron, el alma de Godofredo se sintió condolidada de aquella existencia sin objeto alguno y fué cuando Tempest se preguntaba intrigado, hasta pesoso, por qué se habría casado con aquella mujer que todavía no había podido hacerle experimentar a su corazón esa dulce sensación que produce el amor verdadero. A pesar de aquella vida de falso oropel, su alma experimentaba continuamente tristezas y desconsuelos. Eran las tristezas de Satán, del nuevo ser en que se había convertido por obra de un milagro y que le iba haciendo aborrecible aquella existencia frívola y vanidosa. Necesitaba algo más, algo que le hiciera vibrar al impulso de una fuerte emoción, y entonces fué cuando volvió a recordar a Mavis. Entonces fué cuando comprendió la dulzura de aquella santa mujer que tan despiadadamente había abandonado. Pero nada dijo de sus tristezas a nadie. Guardó para sí solo sus pesares y esperó la ocasión de poder volver a aquella vida que él había abandonado voluntariamente, pero que guardaba para un corazón sensible como el suyo las exquisiteces de un amor puro y noble.

La presencia del príncipe Lucio fué portadora de una paz intranquila e inquieta a la morada de los nuevos esposos.

Nuevamente la princesa había vuelto al lado de su antiguo amante y juntos los dos proseguían el idilio interrumpido por aquella boda inesperada.

A los pocos días de su regreso se hallaba Olga hablando con el príncipe y le decía:

—No puedes imaginarte las ganas que tenía que terminase nuestro viaje de bodas. Creí que era inacabable. Ha sido para mí un sufrimiento mayor a mis fuerzas el tener que fingir amor a un hombre que casi aborrezco.

El príncipe sonreía satisfecho del amor de aquella mujer y la estrechó entre sus brazos diciéndole:

—Yo también ansiaba este momento, Olga, el momento de poderte estrechar otra vez entre mis brazos y poderte decir de nuevo lo mucho que te amo... ¿De veras que no sientes por ese muchacho ningún afecto?

—Puedes estar seguro — respondió cínicamente ella—. Sólo a ti te amo y te amaré mientras viva.

En aquel instante apareció en la puerta Godofredo y pudo contemplar a su esposa en los brazos de su amigo. Pausadamente, como quien va a tratar el asunto más natural del mundo se acercó a donde estaba el príncipe y le dijo:



Este vela con gran satisfacción aumentar su fortuna

—Hasta ahora había sospechado de su conducta hacia mi esposa, pero ya que tengo la evidencia absoluta de su indigno proceder, le ruego que abandone inmediatamente mi casa.

—¿Y puedo saber con qué título pretende usted arrojarme?—le preguntó el príncipe.

—Con el derecho que me da el ser dueño de mi casa—respondió secamente Godofredo.

El príncipe se encogió de hombros a la vez que le decía:

—Veo que se ha ofuscado usted demasiado. Será mejor que recapacite usted un momento

a solas y que piense que todo su capital está a mi nombre.

—Nada me importa — exclamó Tempest—. Puede usted hacer lo que le dé la gana.

Olga hizo una seña al príncipe para que evitara toda discusión y éste comprendiendo que en tales casos vale más una caricia de mujer que todos los razonamientos masculinos, salió de la estacia dejando solos a los dos esposos.

—¿Es decir que se casó usted conmigo sin ningún amor?—empezó diciéndole Godofredo. —¿Puedo saber por lo menos que fin perseguía con ello?

Olga, en vez de responderle pretendió envolverlo nuevamente entre la red de sus encantos y trató de abrazarlo a la vez que le decía:

—Estás equivocado, Godofredo. Los celos te han hecho ver lo que no hay entre el príncipe y yo. Comprende que siempre ha sido un buen amigo nuestro y que tus palabras duras son injustificadas.

Pero la venda que durante tanto tiempo había tapado los ojos de Tempest acababa de desprenderse y veía con toda la claridad de la situación.

Arrojó lejos de él a aquella mujer que de una forma tan despiadada se había mofado de él y le dijo:

—No hace sino un momento, que un amor verdadero, tal vez el único de mi vida llenaba

por completo mi mente, y ahora tú y tus innobles deseos han hecho que me convenza aun más de la gente que me rodea. Hoy mismo pediré el divorcio y en cuanto lo obtenga huiré de esta vida a la que odio con toda mi alma. Quiero volver a ser lo que fui. Buscaré a la mujer que debe ser la compañera de mis días y con ella, pobre, pero feliz, alcanzaré la dicha que las riquezas no saben dar.

La excitación de Godofredo había llegado a tal extremo que Olga no se atrevió a contesterle. Le dejó salir y fué en busca del príncipe para decirle:

—Nuestra imprudencia de antes creo que nos acarreará un grave disgusto.

—¿Por qué? — preguntó burlonamente el príncipe.

—Ese muchacho está decidido a todo. Quiere pedir el divorcio y no le será difícil obtenerlo.

—Mas perderá él — exclamó sonriendo el príncipe—. Todo su capital está puesto a mi nombre. Si persiste en su manía quijotesca volverá a ser un mísero literato como antes.

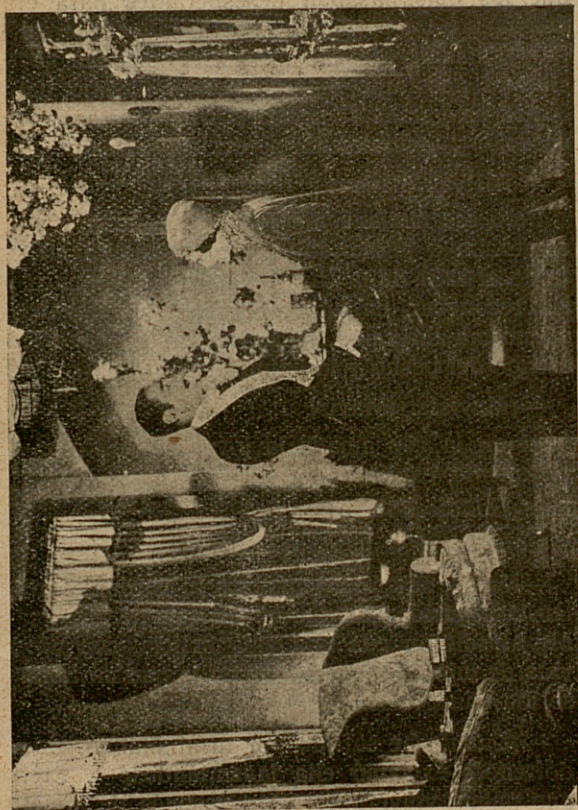
Y viendo que no tenían por qué temer, aquellos dos seres que se amaban de verdad se arojaron uno en brazos de otro para saborear la dicha que su amor les ofrecía. Ya se consideraban libres y ninguno de los dos se detuvieron a pensar en la triste situación de Godofredo.

RECONCILIACION

Desesperado ante los infortunios con que la vida lo castigaba, Godofredo salió de su casa y durante varias horas estuvo recorriendo las calles de la población.

Necesitaba aire, refrescar su imaginación y cuando lo hubo conseguido se trasladó a casa de su abogado para arreglar el asunto de su divorcio con Olga.

Los trámites para llevar a feliz término el asunto, fueron rápidos y a los pocos días se vió Godofredo libre, pero el príncipe había cumplido su amenaza. Su pobreza era tanta o más que la de sus primeros años de escritor. Nuevamente tendría que recorrer las casas de los libreros y mendigar una limosna de trabajo. Sin saber qué fuerza misteriosa lo impulsaba se fué a vivir al mismo barrio, donde conoció a Mavis. Una voz interior le decía que la



— Señoría, el Sr. Tempert está ocupadísimo en estos momentos

volvería a encontrar nuevamente y a pesar de que los días pasaban desesperantes para el muchacho, no perdía la esperanza de que algún día había de encontrarla. Todas las noches al acostarse rendido por el trabajo del día su imaginación vagaba por los jardines del ensueño y mentalmente se decía lo mismo:

—Tal vez mañana.

Pero ese mañana anhelado no llegaba y ya empezaba a perder la esperanza cuando una tarde al salir de la casa de un editor, le pareció reconocer, en una muchacha que llevaba su misma dirección, a Mavis. Un grito se le escapó del pecho y la llamó:

—¡Mavis!... ¡Mavis!

Al oír la voz amada la joven se volvió rápidamente, exclamando:

—¡Godofredo!... ¡Por fin!

Corrió él a su lado, para decirle:

—Mavis, sé que no merezco tu perdón, pero ten la seguridad de que nunca dejé de amarte. Me aturdieron con una vida ficticia, con una vida de lujo, de fastuosidad en la que mi alma se iba ennegreciendo.

—¡Cuánto he sufrido por tu abandono, Godofredo!—exclamó ella lamentándose—. Creí que nunca volvería a verte después de aquel día que no quisiste recibirme.

—¿Que yo no quise recibirte?—preguntó él extrañado—. Mavis tú debes estar equivocada. Tú jamás fuiste a verme. Si hubieras ido una sola vez mi vida no habría sido tan dolorosa.

Entonces fué cuando Mavis le contó la entrevista que tuvo con el príncipe Lucio y Godofredo sonriendo tristemente le respondió:

—Yo nunca llegué a enterarme de tu visita, Mavis, te lo juro.

—Te creo, Godofredo—respondió ella—. Necesito creerte, porque esta creencia es para mí tanto como mi propia vida. Es tu amor, lo que más quiero en el mundo.

Y juntos fueron nuevamente hacia aquella casita, pobre, pero donde tanto tiempo habían soñado con el amor y la gloria. Eran dos pájaros del mismo nido que después de haber volado por el espacio sufriendo los embates del tiempo, volvían nuevamente a cobijarse en él.

Y al encontrarse otra vez unidos por aquel amor tan puro como sus almas, Godofredo, descansando su cabeza en el hombro de la muchacha le dijo:

—Estuve loco, Mavis. Me dejé tentar por el diablo y menos mal que he podido librarme de sus garras infernales.

—Sí, Godofredo — exclamó ella, mientras le acariciaba amorosamente—. Pero ya estás

otra vez a mi lado, al lado de la que siempre te ha querido y que sabrá rezar por tu alma para que Dios se apiade de nosotros.

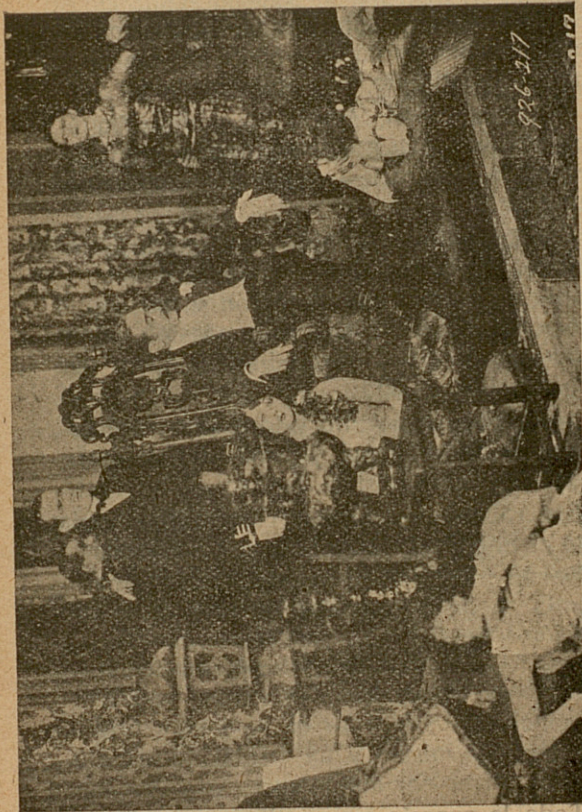
Y en el silencio de la tarde aquellas dos almas elevaron al Altísimo, diciendo: "Ruega por nosotros..."

Nuevamente empezaron para los dos jóvenes los días de lucha, los días de afanes en que cada uno ponía toda su alma por conquistar aquella gloria que con tenacidad tanta se apartaba de su camino. Pero ahora la lucha era más fácil. Godofredo al sentirse amado por Mavis, adquiría una idea precisa de la ruta a seguir para conquistar el triunfo. Cuando en sus momentos de desalientos se sentía agobiado por el peso del infortunio, Mavis acudía a él y lo alentaba con sus caricias.

—Estoy segura de que triunfarás, Godofredo — le decía ella acariciándole amorosamente.

—Sin embargo, es muy dura la lucha, Mavis — respondía él —. Los editores son ahora gente nueva que no me conocen, me rechazan los originales y los días pasan sin que logre dar con el tema que ha de traernos la fortuna.

—Nada se puede conseguir en el mundo sin trabajo — exclamaba ella—. Ten presen-



La boda de Olga y Godofredo fué como todos los actos en que interviene el príncipe, una fiesta de las que no se velan

te que al final de esta jornada cruel, nos espera la dicha de nuestro amor, de ese amor que ha constituido toda nuestra vida.

—Llevas razón, Mavis — contestaba él, poseído de nuevo por la confianza que la joven sabía inspirarle—. Lucharé y saldremos vencedores.

Por fin, la luz que había de alumbrar aquel idilio oculto en la pobreza, se presentó un día. Había recorrido Godofredo con su poema, el mismo que escribió en cierta ocasión, inspirado por Mavis, varios editores, hasta que uno de ellos le dijo:

—He leído su escrito y lo encuentro aceptable. Se lo publicaré y puede seguir escribiendo en mis revistas.

Fué rápido, tan rápido, como largo había sido el trabajo, la ascensión de Godofredo.

Desde aquel día, sus escritos fueron apareciendo en las principales revistas de la población y su firma se hizo imprescindible en todas. El que había mendigado un hueco en cualquier de aquellas páginas, se veía ahora solicitado. Sus trabajos no tenían precio, los ponía él mismo y un raudal de oro empezó a correr por sus manos.

Todo le sonreía en aquellos momentos, y Mavis, la mujer buena y amorosa, que supo esperar resignada el retorno de aquel amor que creyó perdido, gozaba, con esa dulzura

de las almas buenas, la felicidad de que gozaba. En sus horas de intimidad, le decía a su esposo:

—¿Ves cómo Dios no nos ha abandonado, Godofredo?

El sonreía bondadosamente, mirándose en los ojos de su mujercita, y respondía:

—Pero, todo te lo debo a ti, Mavis divina. Tú has sido la que has sabido infundir en mi alma la fe que necesitaba; tú has sido la que me has guiado por el camino de la verdad; tú has sido mi hada buena.

Y ella, sentada sobre sus rodillas, como una niña mimosa, bajaba los ojos, agradeciendo en silencio los elogios del esposo.

Pero un día, en una de las reuniones a que asistieron los esposos, encontraron a una pareja, de tristes recuerdos para ellos: eran el príncipe Lucio y la princesa Olga.

Esta, más provocativa que nunca, se acercó adonde estaba Mavis y le dijo:

—Tenía gran interés en conocer a la esposa del gran escritor Tempest.

Mavis, sin saber por qué, no pudo reprimir un gesto de contrariedad. La sonrisa de aquella mujer le producía cierto malestar. Adivinaba en ella a un ser contrario; pero, no obstante, agradeció el interés de la aristocrática dama, y ésta continuó diciéndole, afectando un gran cariño:

—Me han hablado tanto del talento de su esposo, que ardía en deseos de conocerle personalmente.

—Será para mí un gran placer el presentárselo—respondió Mavis, sin saber el paso que iba a dar.

—Le estaré muy agradecida—exclamó la princesa.

Se cogió del brazo de la joven y, juntas las dos, se dirigieron hacia el lugar en que se hallaba Godofredo, hablando con los dueños de la casa.

—Godofredo — le dijo su esposa—. La princesa Olga me ha expresado sus deseos de hablar contigo.

El semblante de Godofredo adquirió de pronto una intensa palidez, que no pasó desapercibida para Olga, la cual le dijo:

—He seguido con gran interés todos sus escritos, y le felicito por ellos. Demuestra usted conocer a fondo el corazón de las mujeres.

—Sin embargo — respondió intencionadamente Godofredo—, hay algunos que siempre son incomprensibles.

Comprendió Olga la indirecta; pero, fingiendo, con esa naturalidad que ella sola sabía adquirir, le dijo, aprovechando que la música empezaba a tocar:



Confiado en el amor de aquella mujer se entregó a ella con cuerpo y alma

—¿Quiere usted que sigamos esta interesante conversación bailando?

El oponerse hubiera sido desentonar con las circunstancias; y Godofredo, antes que nadie pudiera apercibirse, aceptó la invitación y la siguió hacia el salón.

Disimuladamente, sin que él mismo se die-

ra cuenta, fué acercándose a la gran verja que daba al jardín, y le dijo:

—Estoy verdaderamente mareada. Es mucho mejor que nos quedemos aquí un poco. ¿No le parece?

—Me parece que sus artes, en esta ocasión, no le darán resultado alguno, Olga—exclamó Godofredo.

—¿Es posible que haya usted podido olvidar el amor de otros días felices?—insistió ella, acercándose a él. Pero Godofredo, apartándola de su lado, le repuso:

—Hubo un tiempo, Olga, que creí era amor lo que sentía por usted, que me vi preso por sus artes de Satán; pero hoy soy libre, sé cuál es el verdadero amor, el amor que redime. Por lo tanto, es inútil que insista en ese deseo suyo. Vuelva al lado del príncipe, de ese hombre a quien tanto ama y que la adora, y déjeme en paz.

—No, Godofredo — continuó ella—. Yo no le amo; no sabía lo que era amor hasta que me separé de ti. Ahora estoy convencida de que tú solo eres el único que puede ofrecerme esa pasión en que quisiera consumirme.

Godofredo se echó a reír, y repuso:

—¿Crees, acaso, que puedo hacer caso de tus palabras? En ti no hay nada de verdad. Todo es mentira. Mentira tus palabras, mentira la vida que llevas, mentira ese amor de que haces mención. La palabra amor, no ha

existido nunca para ti; es solamente un camino para el logro de tus ambiciones. Contentate con que mi odio no se venga de la burla de que fuí objeto otra vez.

—¡Imposible!—exclamó ella en tono amenazador—. Te amo, y por este amor seré capaz de descubrirlo todo, incluso le diré a tu mujer que me juraste amor para siempre...

—¡Calla!—gritó él fuera de sí—. Serías capaz todavía de llevarme a la desesperación y a la ruina. Ese ángel debe desconocer siempre lo "nuestro". Aquellos días de locura, de frenesí...

Las palabras iban siendo cada vez más duras; pero Olga tenía, no obstante, la seguridad de vencer en aquella pelea. Paulatinamente, Godofredo iba perdiendo terreno. La belleza de aquella mujer lo fascinaba, avivaba todos sus sentidos, y ella, al comprenderlo, le echó los brazos al cuello, sin que él se sintiera con fuerzas para romper aquel dulce lazo.

De pronto, un ruido les hizo desprenderse. Se separaron y entró Mavis. Sabía todo lo ocurrido; pero, sin embargo, sólo le dijo a su esposo:

—Godofredo, no me encuentro bien y te ruego que me acompañes a casa.

Se despidió de la princesa, y momentos después, mientras se dirigía hacia su morada, la joven le dijo cariñosamente:

—Lo he visto todo, Godofredo. Sú no tienes la culpa. Era el diablo, que otra vez quería apoderarse de ti, robarme tu cariño; pero yo he podido más...

—Llevas razón — exclamó él, estrechando fuertemente a su mujercita—. El Bien sale siempre victorioso. Perdóname, Mavis.

Por toda contestación, Mavis se apretó contra él, mientras que en la fiesta, alejada de todos, Olga, la mujer diablo, lloraba la tristeza de verse vencida por el ángel de bondad.

FIN

Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Precio de cada método **25 céntimos**

TANGOMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios

60 céntimos

- Num. 1 - ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLÉSITA. Agustín Irusta.
Num. 2 - EL CARRERITO :: POMPAS DE
JABÓN. Lucio Demare.
Num. 3 - NIÑO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
Num. 7 - BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
Num. 9 - LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gardel.

Números corrientes

40 céntimos

- Núm. 4 - LA REJA. Marcucci.
Núm. 5 - MIS LO OS SUEÑOS.
Eugenia Galindo.
Núm. 6 - VIDALITA. Bachicha (I.B. Deambrogio)
Núm. 8 - ARRABAL. May Turganova.
Núm. 10 - LLEVÁTELO TODO. Glibertil.
Núm. 11 - CARNE DE CABARÉT
Imperio Argentina.

— Pedidos a —

BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Colección Ud. la Selección de FIMLS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Philbin
Sacrificio	Fay Compton
Las garras de la duda	Leda Gis
Ruperto de Hentzau	Lew Cody
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardère	G. Jacquet
Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor ...	A. Manzini
La hija del Brigadier	Nora Gregor
La mujer que supo amar	J. Barrymore
La fiera del mar	Doris Kenyon
Fausto	E. Jannings
La que no sabía amar	A. Moreno
Una aventura de Luis Candelas ...	M. Soriano
Cuando los hombres aman	F. Dhelie
El caballero de la rosa	J. Catelain
Los cadetes del Czar	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldaicín
La tragedia del payaso	G. Ekman
El cuarto mandamiento	Mary Carr
Odette	F. Bertini
Titánic	G. O'Brien
Flor del desierto	Vilma Banky
Lances del querer	N. Shearer
Entre el amor y el deber	R. Novarro
La vida privada de Helena de Troya.	R. Cortez
La rosa de California	Luis Alonso
Noche trágica	Jacobini
La frágil voluntad	Gloria Swanson
El jardín de Alá	Alice Therry
Tres pecadores	Pola Negri
La espía de la Pompadour	Liane Haid

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.

Biblioteca Films Apartado 707.- Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO

PROTAGONISTA

La Rosa de Flandes	R. Meller
Koenigsmark	J. Catelain
Los dos pilletes	Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Consciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Águilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Círculo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Padre	Lon Chaney
La Bella de Baltimore	Dolores Costello
El gran combate	Colleen Moore
Los húsares de la Reina	Billie Dove
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Venenosa	Raquel Meller
El cantor de Jazz	Al Jonson
La legión de los condenados	Gary Cooper

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707.-Barcelona